



FRED ZACKEL

# Cocaína y ojos azules.

Odio la manera  
en que el dinero chilla.

SOL NEGRO

FRED ZACKEL

## Cocaína y ojos azules.

Michael Brennen no estaba seguro de querer encontrar a la chica de Joey Crawford. Crawford mismo no le gustaba mucho, y hacía algún tiempo que se había alejado de la profesión de detective. Después, Crawford apareció muerto y se hizo evidente que la chica no quería ser hallada. Pero a medida que Brennen habla con la familia y los amigos de ella, empieza a verse involucrado en algo más peligroso que una rencilla de amantes.

*Cocaína y ojos azules* es una historia de detectives efervescente, con una atmósfera y un estilo de la mejor cosecha Hammett. A la vez, tiene un sabor notablemente actual. Es también una historia acerca de las clases altas y bajas de San Francisco, vinculadas con el mundo del sexo y de la droga. Niñas bien de las familias decadentes de Pacific Heights, ex hippies y nuevos matones de Sausalito convergen en una trama apasionante que no deja al lector un minuto de alivio. Fred Zackel ha capturado la esencia y el modo de vida de nuestro tiempo en un *thriller* contundente y directo, inolvidable.

"La novela de Fred Zackel me recuerda la obra del primer Hammett. Un libro poderoso y original. Lo recomiendo con mucho placer."

Ross MacDonald

Odio la manera  
en que el dinero chilla.

EDITORIAL SUDAMERICANA

ISBN 950-07-0693-8

una persona recta. Mostraba la confianza que proviene de grandes cantidades de dinero polvoriento. Su vida transcurría en el ocio, y yo estaba interfiriendo con ese ocio.

Yo no pensaba que fuera tan difícil sacudir su seguridad en sí misma. Tendría que tratarla en la forma en que trataría con un adicto a las drogas. Guantes blancos por un minuto, melodrama en el siguiente. El dinero y la droga son primos hermanos, de todos modos. Como la droga, el dinero resulta beneficioso con moderación. En cantidades exageradas, uno pierde contacto con la realidad.

Los ricos tienen los mismos temores que los adictos, y los enfrentan también del mismo modo. Su vanidad los convierte en una sala de espejos. Temerosos de no ser suficientemente apreciados, se ofenden rápidamente, sobreactuando como en un berrinche infantil. Son reservados y leales hacia su familia, sin darse cuenta de que la marca del dinero es tan visible como las huellas de una aguja en la playa. Piensan que saben lo que uno dice de ellos a sus espaldas, y tienen razón, pero no se atreven a desafiarlo al respecto. Lo que uno dice puede poner en peligro su seguridad. De manera que ocultan sus temores y se preocupan mucho, lo cual los torna más vulnerables y paranoicos.

Había llegado el momento de un toque de melodrama.  
-¿Sabía usted que él era un traficante de drogas?

-¿Cómo se enteró?

-Fue arrestado por eso. La policía llegó a contármelo.

-Oh, pudo haber sucedido hace años.

-Tenía mil quinientos dólares en sus bolsillos cuando murió. Otros mil seiscientos en sus botas, que estaban en la casa flotante. Incluso para un traficante, eso es mucho efectivo. Para un enano recibiendo ayuda de la Asistencia a los Discapacitados Totales...

Por su expresión, ella no comprendía.

—Otro de sus manejos raros. También fue arrestado por eso. Es como arrebatar ayuda alimenticia cuando uno no la necesita.

—¿Hizo eso?

—Probablemente. No tenía empleo, y nadie puede vivir de beneficencia. Algunos se las arreglan con dos empleos a la vez. También lo hacen los inútiles callejeros. Un par de manejos sucios a la vez para complementar sus ingresos. El tráfico de drogas era probablemente su especialidad.

—Usted sabe mucho acerca de él.

—Conozco su tipo. Con sus antecedentes, podía fácilmente arreglar tratos en materia de drogas. Usted se sorprendería de la facilidad con que uno puede deshacerse de unas pocas libras de marihuana en las calles. La gente quiere comprarla. No hace preguntas. Si le agrega algunos otros manejos como el de la beneficencia, o la ADT o la asistencia alimenticia, verá que Joey podía hacer suficiente dinero como para llevar un fajo de billetes como el que tenía.

—¡Ese pequeño estafador! —Ella estaba lívida.

—Tenía la experiencia de la calle. Sabía cómo sobrevivir allí. Había estado antes. Sólo hacía lo que le salía naturalmente.

—¡Sabía que era un estafador!

—Usted no podría sobrevivir ni la mitad de bien que él.

—Parece que lo admiraba.

—Sabía de dónde venía.

—¿Dani está involucrada en esto?

—Es difícil decirlo. Los traficantes juegan con otros traficantes, con distribuidores y contrabandistas. Algunos de ellos juegan duro cuando uno interfiere. No tienen que conocerla para lastimarla. Y si uno se ha metido con ellos, se lo presume culpable y uno debe probar su inocencia. Eso, si ellos lo dejan probarla. Dani estaba

cerca de ese estilo de vida. Hasta qué punto, es materia de especulación. Quizás usted sepa eso.

Ella se levantó, rodeó el escritorio hasta el aparador y tomó su botella de Grand Marnier. Dándome la espalda, vertió gran cantidad en su copa, y tragó más de lo que había agregado.

Esperaba algo por parte de la mujer dorada con el Grand Marnier, pero no la seguidilla de preguntas que soltó. Quería saber si la policía podía venir a su casa. Se mostró molesta de que pudieran merodear por su vestíbulo y sus pasillos. Dijo que nunca había estado muy encariñada con la chinche. Muerto, seguía causando problemas. Quería saber si los Anatole, en especial Dani, podían quedar al margen de este lío. Quería saber cuánto costaría eso.

—¿Está tratando de contratarme?

—¿Está tratando de cobrar de dos clientes?

—Seguro. ¿Por qué no? Los abogados lo hacen todo el tiempo.

Sorbió más coñac. —¿Cuánto cobra usted?

—Doscientos diarios más gastos. —Sentí una comezón en la parte posterior de mi cuello cuando lo dije. No iba a ser tan tonto como para rascarme. Pacific-Continental había cobrado dos billetes diarios por mis servicios, pero me pagaban más bien cuarenta por los mismos servicios. Pensé que merecía ese dinero, pero no era yo el que tenía que pagarlo.

—Es un alto precio para un chantaje.

—No es un chantaje. Un investigador privado ejerce la misma confidencialidad que la de un abogado. Algo así.

—¿Qué obtengo por mi dinero?

—Eso resulta difícil decirlo. —Traté de recordar el disparate que Pac-Con le decía a sus clientes potenciales.— Obtiene servicios confidenciales, si es posible, lo que significa si es legalmente permisible.

No había estado escuchando. —¿Qué gastos? Tiene que mantener al margen de la prensa el nombre de Dani, no resolver algún caso imaginario.

—A veces no salir en los diarios cuesta dinero.

Ella abrió el cajón del escritorio. Me puse tenso, preguntándome qué se traería entre manos. Distraídamente, corrió la pistola y se acercó con la chequera y el bolígrafo. —Supongo que necesita un anticipo —dijo.

—Eso estaría bien —dije.

Me estaba contratando para mantener el nombre de la familia al margen de los titulares. Yo era el tonto que mantenía las cosas en secreto. Aquel que tenía que distraer la atención. Había muchas familias como la suya en la ciudad. Contratar a alguien para que el nombre figure en los diarios y contratar a otro para que ello no suceda equivalía a desplegar buenas relaciones públicas.

Y podía entenderlo. ¿Pero por qué le preocupaba que el nombre de Dani apareciera impreso? No tenía sentido. A nadie le importa ese tipo de cosas actualmente, excepto a los chismosos, y nadie se preocupa por ellos. Hoy en día uno puede hacer lo que quiera, y cinco minutos más tarde ya nadie se acuerda. A menos que Catherine se imaginara que Dani había estado en algo que era mejor mantener en silencio.

Seguro, quizás Dani fumaba marihuana o quizás se había provocado un aborto o había dilapidado la fortuna de la familia en vibradores cromados. Si me topaba con algo así, bueno, para eso me pagaban. Yo no entregaría a nadie por eso. Pero Catherine tenía que saber que yo no podría encubrir nada ilegal. Yo no iba a meter la pata hasta el cuello para que un cliente se saliera con la suya, oliendo a rosas.

Por supuesto, Dani podría no estar involucrada en nada. Quizás mi presencia alteraba a su hermana. Mucha gente hace locuras cuando escucha que un

investigador privado está dando vueltas por ahí. Aunque uno no haga nada, algunas personas se tornan paranoicas.

Catherine miraba fijamente el cheque que acababa de hacer. Quizás veía en él una confesión escrita. Lo que fuera que estaba preocupándola era algo más que un poco de marihuana o un embarazo interrumpido. Ni siquiera tenía que ser ilegal, aunque existía la posibilidad de que sí lo fuera. Traté de no pensar en lo que podía ser. Sólo un tonto trata de ser más listo que una mujer.

Tenía ciertas resistencias para entregármelo. Escucha